Lectio divina de Hechos de los Apóstoles

Servidores y testigos de la Verdad

MISIÓNMADRID

Arzobispado de Madrid
Impreso en Septiembre 2013
Selección de textos y comentarios: Andrés García Serrano (coord)

ÍNDICE

La *Lectio divina*..... 5

...de los Hechos de los Apóstoles..... 9

1. La Ascensión de Jesús y
la misión de sus discípulos..... 13

2. Con un mismo espíritu: la misión apostólica..... 23

3. El Espíritu de la misión..... 33

4. La valentía en la dificultad:
«No podemos dejar de hablar»..... 43

5. La primera comunidad cristiana..... 53

Oración 63

Tiziano Vecellio,
San Jerónimo en el desierto (1575),
Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid

LA LECTIO DIVINA...

La *lectio divina* es, sobre todo, la obra del Espíritu en nosotros que habla al hombre por medio de la Palabra de Dios para mostrarle la voluntad del Padre. De este modo, la *lectio divina* permite mostrar la esencia más íntima del hombre facilitándole conocer el plan de Dios sobre él, y, por tanto, conocerse a sí mismo. Para ello la *lectio divina* parte del texto de la Palabra de Dios, realizando una lectura atenta que preste atención a cada mínimo detalle del texto. La *lectio divina* consiste en un leer atentamente el texto bíblico, meditando en su significado para hacerlo nuestro. Es ese entrar en diálogo confiado con Aquel que nos dirige su palabra hasta quedarnos contemplando, admirados, la belleza del rostro de quien nos habla. Y esta contemplación ciertamente transforma nuestra vida.

Una imagen vale más que mil palabras. Palabra y visión no se oponen, son cauces complementarios que pueden ayudar a comprender la esencia de la *lectio divina*. Tratemos de explicarla mediante la contemplación de un cuadro de Tiziano en el que aparece San Jerónimo rezando. San Jerónimo, patrono de los exegetas católicos puesto que el Papa español San Dámaso le encargó la traducción de las Sagradas Escrituras al latín, la lengua del pueblo en aquel momento, nos puede ayudar en el arte de la lectura espiritual de la Sagrada Escritura, con la que queremos rezar a lo largo de este curso 2013-2014.

Observemos el cuadro. Su marco es el desierto

agreste. Todo evoca al retiro y al silencio, pero nada dice. Nada distrae al espectador de la imagen de San Jerónimo y de su mirada ardiente, clavada en los clavos de Cristo, clavada en Cristo. Es el marco de toda búsqueda de Dios, que no puede darse sin silencio, sin interioridad, sin un cierto pararse y darse solo a Él. ¡Cuánto necesitamos este silencio en medio del vértigo de nuestros días! La contemplación de la Palabra de Dios será un oasis de paz en Dios, un escuchar tranquilamente la voz de Dios que habla en nuestra intimidad.

En el ángulo superior izquierdo encontramos, casi un detalle, la Cruz. En su humildad, la Cruz de Cristo no llena la escena, pero sin embargo, todo converge hacia ella. No se impone, pero sin ella la obra entera carecería de sentido. Todo el cuadro invita a buscarla. Este cuadro es todo un tratado de contemplación sobre la búsqueda del rostro de Cristo. Jerónimo busca a su Señor, el consuelo y la gloria del Resucitado. Parece como si todo el cuerpo pendiera de esa mirada. La mirada profunda de San Jerónimo es la mirada del que ama a Cristo y se identifica con Cristo, hasta en la cruz. La oración sólo se ilumina cuando tendemos y miramos a Cristo y no a nosotros mismos.

¿Pero quién busca a Cristo? San Jerónimo, en su humanidad desnuda, sin tapujos. El Santo se encuentra, con el peso de sus años, orientado hacia el objeto de su deseo, la visión del Señor. Es decir, San Jerónimo no sólo mira a Cristo, sino que también se deja mirar por Él. Deja que Cristo mire su carne desnuda, enferma, quizás herida por su pecado, anciana. Ese diálogo de las miradas es la oración contemplativa que une la carne gloriosa de nuestro Señor con nuestra desnuda carne.

El cuerpo, con su verdad desnuda, se cubre parcialmente con un manto rojo. Es la Iglesia. Tiziano lo expresa con este manto cardenalicio, teñido de púrpura

en la sangre de los mártires. El que reza está en soledad, pero nunca solitario. Esta dimensión eclesial es un rasgo esencial de toda contemplación cristiana. En el seno de la Iglesia, el rostro de Cristo se hace accesible a todo el que lo busca con sincero corazón. Dejémonos acompañar por la Iglesia, por su Magisterio, por sus santos y por nuestras comunidades parroquiales.

Si la mirada de San Jerónimo orienta el cuerpo y tira de él hacia Cristo, las manos nos enseñan el camino. La una está sobre la Biblia; la otra sobre la piedra. San Jerónimo busca al Señor en las palabras del Señor. Y nuestra madre la Iglesia nos dice que la Palabra de Dios es la Biblia. Parece como si San Jerónimo se impulsara hacia el crucifijo apoyándose en el libro santo. Como decían los Padres de la Iglesia, *ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo*. Pero no sólo eso, del mismo modo, conocer las Escrituras nos lleva a conocer el corazón de Dios en la Palabra de Dios.

En la otra mano, San Jerónimo tiene una piedra. La lectura orante de las Sagradas Escrituras no es superficial, ni de una mirada curiosa. Se trata de una mirada empeñativa, que está dispuesta a sufrir y luchar por amor. El amor busca la unión, la identificación, aunque cueste. Queremos leer y meditar la Palabra de Dios uniéndonos al Señor hasta formar una sola cosa con Él. La oración sería un simple pasatiempo, una evasión, si se la priva de este deseo de cambiar la vida, de hacer todo aquello que el Señor nos manifiesta en la oración. Es una contemplación transformadora, aunque cueste. Se trata, en definitiva, de descubrir la voluntad de Dios para luchar para hacerla propia. La piedra expresa la actitud de quien dice: «Señor, ¿qué quieres que haga?», ¿qué he de hacer para identificarme más contigo?. La Palabra de Dios es ese libro de discernimiento (mano izquierda) que ilumina las dificultades propias de la vida (mano derecha) para identificarnos progresivamente al Verbo Encarnado, el hombre perfecto.

... DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Coincidiendo con la *Misión Madrid*, la Archidiócesis de Madrid propone la lectura meditada del libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro describe el desarrollo de la fructífera misión de la Iglesia naciente. Dicha misión, aun desarrollándose hace más de veinte siglos, es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. De hecho, las características de la misma, la guía del Espíritu, la fortaleza en las diversas dificultades, la comunión eclesial, la caridad, el servicio, la alegría, el testimonio hasta el martirio si fuera necesario, y la acogida a todos, tanto a los que se acercan a la Iglesia, como a los alejados o a los que la rechazan, están llamadas a desarrollarse también en nuestra misión en Madrid. Ciertamente, la Palabra de Dios, de un modo especial el libro de los Hechos de los Apóstoles, puede iluminar y revitalizar nuestro ardor misionero y el modo en que realizamos esta dimensión propia de todo cristiano.

Proponemos, por tanto, la *lectio divina* de quince pasajes que muestran distintos aspectos de la misión de los orígenes del cristianismo. El libro de los Hechos comienza con una afirmación programática que describe las distintas etapas en las que puede dividirse el libro. Las últimas palabras de Jesús, antes de su Ascensión a los cielos, subrayan el mandato misionero de Jesús que envía a sus discípulos a ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1,8). Veremos cada una de estas etapas en cada uno de los trimestres del curso 2013-2014: «Jerusalén»

en el primer trimestre, «Judea y Samaría» en el segundo, y «hasta los confines de la tierra» en el tercero.

Los cinco primeros textos propuestos para la meditación (primer trimestre del curso 2013-2014) se enmarcan «en Jerusalén» y describen los fundamentos de la misión. En una especie de «evangelio de la infancia» de la Iglesia naciente, San Lucas, el autor de los Hechos, describe los pilares básicos de la Iglesia y de su misión: el mandato misionero de Jesús antes de su Ascensión; la necesidad de que dicha misión sea apostólica, es decir, eclesial, fundada en los doce apóstoles y sus sucesores; la acogida del Espíritu Santo como motor y fundamento de toda vida eclesial; las dificultades como parte constitutiva de la misión cristiana; y la comunión, dimensión esencial para dicha misión eclesial.

Los cinco siguientes textos propuestos (segundo trimestre del curso) describen la misión en «Judea y Samaría». La persecución a los cristianos en el Templo de Jerusalén provoca que éstos se alejen de Jerusalén y vayan «por todas partes anunciando la Buena Nueva de la palabra» (*Hch* 8,4). Esta dispersión favorece la misión, que conlleva la caridad y servicio, especialmente a los más necesitados. Esteban es el primer testigo de Jesucristo que, identificándose plenamente con su Maestro, ofrece su vida por el Señor. Este primer testimonio martirial ha de ser modelo de nuestra misión, que está llamada a estar dispuesta al martirio, si fuera necesario. En Judea, bajando desde Jerusalén hacia el sur, se encuentra Felipe con el etíope eunuco, que leyendo el profeta Isaías y regresando de peregrinar a Jerusalén, representa la misión a los que se acercan al Señor. Por último, el encuentro de Pedro con el centurión Cornelio describe la primera conversión de un pagano y, por tanto, el modelo de la misión a los más alejados.

Los cinco últimos textos propuestos (tercer trimestre del curso) se centran en la misión de la Iglesia en la

diáspora, llegando «hasta los confines de la tierra». La asamblea de Jerusalén decide, con la guía del Espíritu Santo, que todos los hombres son destinatarios de la salvación de Dios sin restricción alguna; estamos llamados a acoger y llegar a todos, sin acepción alguna de personas. San Pablo es el modelo de esta misión universal que llega, no sólo a los alejados, sino también a aquellos que le rechazan. El discurso de Pablo en el Areópago de Atenas muestra cómo Pablo presenta la integridad del mensaje cristiano, aun cuando éste sea exigente y pueda recibir mofas. Ahora bien, Pablo es bien consciente de su incapacidad física para llegar a todos. Por ello, su discurso a los dirigentes de las comunidades cristianas va dirigido también a cada uno de nosotros, que estamos llamados a evangelizar conforme al modelo paulino. Finalmente, Pablo, en su ardor evangelizador, llega a Roma, aprovechando cualquier oportunidad que la Providencia le ofrece para predicar, incluso su naufragio por las aguas del Mediterráneo.

Cada una de estas quince sesiones propuestas está compuesta por los siguientes apartados. En primer lugar encontramos el texto de la Escritura que queremos contemplar. En segundo lugar proponemos un comentario que trata de explicar dicho pasaje. En tercer lugar proponemos una serie de textos relacionados con la temática del pasaje en cuestión. Dichos textos están tomados de la Tradición de la Iglesia, tanto de los Padres de la Iglesia, como de teólogos contemporáneos, como del Magisterio de la Iglesia, y, junto con el pasaje de los Hechos y el comentario al mismo, tratan de iluminar la reflexión personal. Finalmente, sugerimos una serie de preguntas que pueden servir para un diálogo en grupo en el que pongamos en común lo que el Señor haya dicho a cada uno. De este modo, podemos construir juntos, y guiados por la Palabra de Dios, la *Misión Madrid* en nuestra propia parroquia.

1 La Ascensión de Jesús y la misión de sus discípulos

1.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 1,1-11)*

[1]Escribí el primer libro, Teófilo, sobre todo lo que
Jesús comenzó a hacer y enseñar [2]hasta el día en
que, después de haber dado instrucciones por el
Espíritu Santo a los apóstoles que él había elegido,
fue elevado al cielo. [3]También después de su Pa-
sión, él se presentó vivo ante ellos con muchas
pruebas: se les apareció durante cuarenta días y les
habló de lo referente al Reino de Dios. [4]Mientras
estaba a la mesa con ellos, les mandó no alejarse
de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre:
«La que oísteis de mis labios: [5]que Juan bautizó
con agua; vosotros, en cambio, seréis bautizados
en el Espíritu Santo dentro de pocos días». [6]Los
que estaban reunidos allí le hicieron esta pregunta:
«Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el Reino
de Israel?». [7]Él les contestó: «No es cosa vuestra co-
nocer los tiempos o momentos que el Padre ha fi-
jado con su poder, [8]sino que recibiréis la fuerza del
Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y
seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Sa-
maría, y hasta los confines de la tierra». [9]Y después
de decir esto, mientras ellos lo observaban, fue ele-
vado al cielo, y una nube lo ocultó a sus ojos. [10]Es-
taban mirando atentamente al cielo mientras él se
iba, cuando se presentaron ante ellos dos hombres
con vestiduras blancas [11]que dijeron: «Hombres de
Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo
Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al
cielo, vendrá de igual manera a como le habéis
visto subir al cielo» (*Hch* 1,1-11).

1.2 *La* lectio divina *del pasaje*

En este primer pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles, san Lucas remite a su destinatario a *un primer libro* en el que escribió *sobre todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar*. Al evocar su obra completa en dos volúmenes, Lucas parece invitarnos a no olvidar una parte mientras leemos la otra. Lucas dedicó el evangelio *a todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar* desde el inicio. En los Hechos presenta lo que Jesús sigue haciendo y enseñando en su Iglesia a lo largo del tiempo. La vida y obra de Jesús necesitaban una continuación en su Iglesia. Si el primer volumen de su obra está dedicado a Jesús, sus obras y enseñanzas, el segundo se refiere a la Iglesia naciente, en la que Jesús sigue actuando y enseñando.

Esta Iglesia naciente es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. También en nosotros, piedras vivas de la Iglesia, Jesús quiere seguir actuando y enseñando. Existe una continuidad en la historia de la salvación entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia, entre los hechos y enseñanzas de Jesús y los de la Iglesia. De hecho, Jesús, en el evangelio de san Juan dice: «Y harán cosas aún más grandes de aquellas que he hecho yo». Y el apóstol Pablo dice que «estamos llamados a realizar en nosotros lo que falta a los padecimientos de Cristo». Es decir, Jesús mismo pone en nuestras manos un gran Misterio: continuar el camino iniciado por Él, completando en nosotros su obrar y su enseñar. Es necesario, pues, que nuestras acciones y enseñanzas sean concordes a las suyas y las actualicen en el hoy del tiempo presente; y es necesario que, como Jesús, en primer lugar obremos y luego enseñemos, es decir, que nuestra enseñanza esté precedida y vinculada siempre a nuestras acciones. En Jesús se muestra claramente la primacía de los hechos ante las palabras; así ha de ser también en nosotros.

Precisamente por esta encomienda personal de

Jesús a sus seguidores, el texto de los *Hechos* habla de dar *instrucciones por el Espíritu Santo a los apóstoles que él había elegido*. Como Jesús eligió a los apóstoles, nos elige a nosotros para que continuemos su misión. Nuestro apostolado no es el fruto de nuestra iniciativa, sino de la gracia y la elección del mismo Jesús que nos llama. El mismo nombre de apóstol hace referencia al hecho de ser enviado por alguno. La autoridad del apóstol no le viene de sí mismo, sino de aquel que le ha elegido para enviarlo. Como Jesús basa su propia autoridad en aquel que lo envía, el Padre, nuestra autoridad de apóstoles se basa en aquel que nos envía, el Señor Jesús. De hecho, en el evangelio de san Juan, Jesús mismo había establecido una conexión precisa entre su propio envío de parte del Padre y el envío de los apóstoles por parte suya: «como el Padre me ha enviado, así os envío yo». Y poco más adelante añade: «el que os escucha a vosotros, me escucha a mi». Ciertamente Jesús nos envía y nos reviste de su autoridad para realizar su misión hasta tal punto que podemos hablar en el nombre de Jesús. Ahora bien, cuando Jesús nos constituye apóstoles suyos, lo primero que hace es darnos instrucciones por su Espíritu Santo. Sólo cuando acogemos en nosotros las instrucciones del Espíritu de Jesús podemos obrar y enseñar en su nombre. Es decir, los apóstoles tienen la necesidad de ser formados por el Espíritu Santo, que capacita para el apostolado. Esta instrucción del Espíritu, como la instrucción del propio Jesús a sus primeros discípulos, es totalmente necesaria para abrir la mente, entender y actuar eficazmente en su nombre; es lo primero y más importante.

Pero, ¿cuál es el contenido de la enseñanza de Jesús que nosotros debemos continuar? El día en que Jesús fue arrebatado a lo alto tiene una importancia especial a causa de las instrucciones dadas a los apóstoles. San Lucas dice que *Jesús les hablaba de lo referente al Reino de Dios*. Mientras que sus propios discípulos esperaban

que Jesús instaurara el *Reino de Israel*, él habla del *Reino de Dios*. Es decir, no se trata de un reino geográfico, político, o social, circunscrito a una determinada nación o pueblo, sino de un reino divino destinado a toda la humanidad. Mientras que aquellos discípulos pensaban en un campo de trabajo restringido, Jesús habla de unos destinatarios universales. ¡Cuántas veces podemos limitar, también nosotros el *Reino de Dios* a nuestro propio «reino», a nuestro propio cortijo de amigos! Se trata más bien del espacio del Reino de Dios que se expande en el corazón de los creyentes. San Benito decía que «el Reino de Dios se expande cuando no se antepone nada al amor de Dios». Sólo entonces Dios es rey poseyendo el señorío sobre todo, porque cuando Dios verdaderamente reina en el corazón de los creyentes, inmediatamente trasciende dicho reinado a la esfera externa del creyente. Si nos preocupamos de expandir el Reino de Dios en nuestro corazón, podemos estar seguros de que dicho Reino se difundirá también fuera de nuestros corazón, se extenderá también a la sociedad en la que vivimos realizando su dimensión universal.

El primer mandamiento que reciben los primeros cristianos para difundir este Reino y continuar la obra y enseñanza de Jesús es: *No os alejéis de Jerusalén… esperad…* Se trata de una invitación a no alejarse del lugar que les congrega, a permanecer juntos en su presencia. Es similar a la vocación de los Doce: «los llamó para que estuvieran con él». Jesús nos invita a la estabilidad, a no alejarnos de él, ni de la Iglesia. Una de las consecuencias fundamentales de haberse convertido en apóstoles es permanecer con Jesús, en el espacio en el que él habita, en la Iglesia. Como bien afirma el evangelista san Juan, sólo el que permanece en Jesús puede dar fruto: «el que permanece en mí da mucho fruto». Jesús nos manda no separarnos, no alejarnos, no apartarnos, no dividirnos. El verbo griego utilizado por Lucas contiene todas estas acepciones. La primera

manifestación de la autenticidad de nuestro apostolado es permanecer con Jesús y con los que son de Jesús. La primera característica del creyente que vive radicalmente su vocación apostólica es permanecer estables en el Señor y su Iglesia, sin alejarnos, esperando.

Jesús manda *esperar la promesa del Padre* y poco más adelante dice: *Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo*. El contexto aclara que con la expresión *promesa del Padre* se alude al Espíritu Santo, prometido por el Padre en el AT como don de salvación del tiempo mesiánico. El Espíritu Santo ha sido prometido por el Padre y por el Hijo y es entregado por ambos. Es el gran don de Dios a los hombres porque Dios mismo puede trasferir su Espíritu y el hombre puede acoger en su espíritu el Espíritu de Dios. De hecho, hacia el Espíritu Santo apuntan insistentemente todas las palabras de nuestro texto. La recepción del Espíritu, que el mismo Jesús experimentó al ser bautizado por Juan, ha de ser la misma recepción del Espíritu por parte de los discípulos de Jesús. Por un lado, del mismo modo que Jesús acogió el Espíritu con plena docilidad y obediencia, nosotros debemos responder a las insinuaciones del Espíritu con esa misma docilidad y obediencia. Por otro lado, del mismo modo que el bautismo de Jesús le habilitó para su ministerio, nuestro bautismo en el Espíritu nos habilita para nuestro apostolado.

Si nuestra respuesta al Espíritu es como la respuesta de Jesús al Espíritu, entonces seremos testigos de Jesús en todo momento y podremos cumplir el mandato de Jesús a sus discípulos: *Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra*. El testigo presencia en primera persona aquello de lo que da testimonio. Si contemplamos la vida de Jesús y su respuesta siempre dócil al Espíritu, movidos por este Espíritu, podremos reaccionar del mismo modo que Jesús y convertirnos en sus testigos. El testigo transmite lo que ha visto y el testigo de Jesús trasmite lo que ha contemplado de Jesús de tal manera que desea lo que él deseó, ama lo que él amó, revela lo

que él reveló. El mismo Jesús se convierte en el contenido del testimonio del apóstol: el amor de Jesús, la actividad y enseñanza de Jesús, la muerte y resurrección de Jesús. Los primeros cristianos eran muy conscientes de la misión que tenían de ser testigos de Jesús. El Cristo anunciante se convirtió en el Cristo anunciado. Cristo es el contenido de nuestro anuncio. La promesa de la fuerza del Espíritu no está sin motivo delante de la frase que invita al testimonio. Es el Espíritu de Jesús el que capacita al cristiano para configurarse interiormente con Cristo y así convertirse en testigo fidedigno de Jesús. Tenemos el Espíritu de Jesús para pensar como él, para amar como él, para vivir como él. El Espíritu de Jesús nos asemeja progresivamente a Jesús para que la totalidad de nuestra vida testimonie a Jesús. Y ese asemejarnos a Jesús nos hace también asemejarnos entre nosotros. Ya lo decía Paul Claudel: «Los que son semejantes a Cristo son semejantes entre sí con una diversidad magnífica». Nuestra semejanza a Cristo nos convierte en testigos de Cristo pareciéndonos entre nosotros en lo que nos parecemos a Cristo y diferenciándonos entre nosotros en nuestro propia individualidad.

Una vez que Jesús terminó de decir sus últimas recomendaciones, *mientras ellos lo observaban, se elevó al cielo*. Este versículo da a conocer un acontecimiento trascendental que solemos llamar la «Ascensión del Señor a los cielos». Se describe como un acontecimiento perceptible en el que se manifiesta al Señor humanado y ensalzado. Ahora bien, esta visible elevación de Jesús al cielo, por un lado posibilita el camino de los hombres al cielo, y por otro lado habilita el camino para el testimonio de los apóstoles. Somos ciudadanos del cielo, nuestro destino es el cielo y allí nos dirigimos cuando somos testigos de Cristo mediante nuestra configuración con él. Sin embargo, los primeros discípulos se quedaron inmóviles, por lo que recibieron el reproche de los dos ángeles: *¿Qué hacéis mirando al cielo?* No

nos podemos quedar quietos. Debemos recorrer nuestro propio camino al cielo, un camino que comienza en la elección gratuita de Dios y que se recorre en la progresiva configuración con Cristo para convertirnos en sus testigos. Entonces, plenamente configurados con él, habiendo vivido y muerto como él, podremos reinar con él cuando *venga de igual manera como ha sido elevado al cielo.*

1.3 *Así lo leyeron*

Fíjate cómo Cristo hace creíbles sus propias palabras con sus obras. Respecto a la humildad exhorta, diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Enseñaba a ser pobres y lo mostraba mediante las obras. «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza», afirma. De nuevo ordena amar a los enemigos y lo enseña en la cruz cuando rogó por los que lo crucificaba. Decía: «Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto». Y no sólo Él ofreció los vestidos, sino también entregó su sangre. Y lo mismo ordenó hacer a sus discípulos. Por ello también Pablo decía «Según el modelo que tenéis en nosotros». En verdad, nada hay más estéril que un maestro que sólo cultiva las palabras. Ciertamente, eso no es lo propio de un maestro, sino de un hipócrita. Por esto los apóstoles enseñaban primero con la vida, y luego con las palabras; más aún, ni siquiera tenían necesidad de palabras, porque actuaban las obras (San Juan Crisóstomo, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 1,2).

¿Por qué no vino [el Espíritu Santo] cuando Cristo estaba presente ni inmediatamente después de su partida, sino que Cristo subió a los cuarenta días y el Espíritu Santo no descendió hasta que se cumplió el día de Pentecostés? Por-

que convenía que lo desearan y así recibieran el don. Por eso, cuando uno se apartó, vino el otro. Si hubiera venido estando aún presente Jesús, no lo habrían esperado con tanta expectación. Por igual motivo tampoco se hace presenté enseguida de su partida, sino después de ocho o nueve días. Así también, nosotros nos estimulamos ante Dios sobre todo cuando nos encontramos necesitados (San Juan Crisóstomo, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 1,5).

No era una gracia parcial, sino de plenos poderes. Igual que el que se sumerge en el agua y se bautiza, queda rodeado de agua por todas partes, así también fueron bautizados por el Espíritu completamente. Con la diferencia de que el agua se difunde por fuera, mientras que el Espíritu bautiza hasta el fondo del alma sin dejar ni un solo rincón. ¿Y de qué te admiras? Acepta el ejemplo de una cosa material, pequeño e insignificante, pero útil para los más sencillos. Si al penetrar interiormente a través del espesor del hierro, el fuego transforma todo en fuego, y lo que estaba frío se pone incandescente, y lo negro se torna brillante; si el fuego me es algo corpóreo obra así penetrando en la materia del hierro sin ninguna traba, ¿por qué te extrañas de que el Espíritu Santo se meta en lo más íntimo del alma? (San Cirilo de Jesuralén, *Catequesis*, 17, 14).

El Señor nos ha ocultado el tiempo para que estemos vigilantes y que cada uno de nosotros pueda pensar que ese acontecimiento se producirá según su vida. Si hubiera sido revelado el momento de su venida, sería inútil ese acontecimiento, y las naciones y los tiempos en que se produjera no lo desearían. Él ha dicho que ven-

drá, pero no ha precisado el momento, y de esta manera todas las generaciones y todos los tiempos tienen sed de Él (SAN EFRÉN DE NISIBI, *Comentario al Diatessaron*, 1, 15).

1.4 *Preguntas para el diálogo en grupo*

¿Eres consciente de que la misión de Jesús necesita ser continuada por tus obras y enseñanzas? La sociedad actual escucha más fácilmente a los testigos, que viven lo que dicen, que a los maestros, que simplemente enseñan: **¿Cómo puedes tratar de que tus enseñanzas estén siempre avaladas por tus obras?** El testigo de Cristo está llamado a reflejar a Cristo en su vida: **¿Crees que cada día te asemejas más a Cristo?**

Los primeros discípulos fueron instruidos por Jesús mismo y por el Espíritu Santo: **¿Cómo te puedes dejar instruir por la Iglesia, cuerpo de Cristo, y por el Espíritu Santo? ¿Qué podrías hacer para que el Espíritu actuara en ti con toda su fuerza?**

Siguiendo la afirmación de San Benito, **¿qué cosas o personas pueden impedir que Dios reine en tu vida? ¿Podrías poner algún ejemplo que muestre que el reinado de Dios en tu corazón se ha expandido a la sociedad?**

Jesús fue elevado al cielo: **¿qué te impide vivir recordando que es el cielo el destino al que estás llamado? ¿Te quedas parado, o caminas con decisión, ayudado por la gracia, a las altas cumbres de la santidad?**

2 Con un mismo espíritu: la misión apostólica

2.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 1,12-26)*

12Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte
llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén,
el espacio de un camino sabático. 13Y cuando lle-
garon subieron a la estancia superior, donde vi-
vían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y
Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo,
Simón el Zelotes y Judas de Santiago. 14Todos ellos
perseveraban en la oración, con un mismo espíritu
en compañía de algunas mujeres, de María, la
madre de Jesús, y de sus hermanos. 15Uno de aque-
llos días Pedro se puso en pie en medio de los her-
manos –el número de los reunidos era de unos
ciento veinte- y les dijo: 16«Hermanos, era preciso
que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu
Santo, por boca de David, había hablado ya acerca
de Judas, el que fue guía de los que prendieron a
Jesús. 17Porque él era uno de los nuestros y obtuvo
un puesto en este ministerio. 18Éste, pues, compró
un campo con el precio de su iniquidad, y cayendo
de cabeza, se reventó por medio y se derramaron
todas sus entrañas. -19Y esto fue conocido por
todos los habitantes de Jerusalén de forma que el
campo se llamó en su lengua Haqueldamá, es
decir, "Campo de Sangre"-. 20Pues en el libro de
los Salmos está escrito: *Quede su majada desierta, y
no haya quien habite en ella*. Y también: *Que otro re-
ciba su cargo*. 21Conviene, pues, que de entre los
hombres que anduvieron con nosotros todo el
tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros,
22a partir del bautismo de Juan hasta el día en que

nos fue llevado, uno de ellos sea constituído testigo con nosotros de su resurrección». [23]Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. [24]Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos has elegido, [25]para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía.» [26]Echaron a suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles (*Hch* 1,12-26).

2.2 *La* lectio divina *del pasaje*

Después de la narración de la Ascensión de Jesús al cielo, San Lucas describe a la comunidad apostólica junto con María (*Hch* 1, 12-14), y la restauración del grupo de los Doce con la elección de Matías (*Hch* 1, 16-26). En la primera parte se nos presenta la unidad de ánimo entre los Doce, que se sitúa en el lugar de la Eucaristía y de la recepción Espíritu Santo, como condición necesaria para la misión, y en la segunda se especifica que esta unidad de espíritu se realiza en la comunión con la voluntad de Jesús, manifestada en el número doce, tal y como Él lo quiso.

Lucas comienza narrando cómo los Apóstoles regresan a Jerusalén, «a la estancia superior», lugar que tradicionalmente se identifica con el sitio donde Jesús celebró la Última Cena con los Doce. Aquella estancia se convierte, pues, en el lugar de sus asambleas y oraciones, y será donde, un poco más adelante, tendrá lugar la venida del Espíritu Santo. Este detalle inicial ya nos habla del punto de partida de la misión que van a comenzar los Apóstoles. La Eucaristía se va a convertir en el modelo de todo apostolado. En efecto, anunciar la resurrección de Jesús no consistirá en repetir una verdad religiosa, sino en en la entrega de la vida. Así lo han vivido muchos santos cuando enseñan que

los cristianos comulgamos en el cuerpo *entregado* y en la sangre *derramada*. Sólo evangeliza quien tiene toda la vida comprometida con Jesús, quien no tiene miedo a ser entregado y derramado, por la salvación del mundo y la alegría de los hombres.

La Eucaristía, sacramento de la comunión con Jesús, genera también una estrecha comunión entre los Apóstoles. Así lo expresa Lucas con las palabras «con un mismo espíritu» con las que describe la fraternidad que ha nacido entre ellos en el seguimiento de Jesús. En los Hechos de los Apóstoles se habla muchas veces de esta unidad, pero los versículos más significativas respecto a la comunión apostólica son *Hch* 4, 24, donde «*todos a una* elevaron su voz a Dios» pidiendo la gracia de no tener miedo a la persecución, y *Hch* 2, 46 donde, no sólo se vincula la unidad a la oración como en *Hch* 1, 14 y *Hch* 4, 24, sino también a la Eucaristía, como en *Hch* 1, 14: «Acudían al Templo con perseverancia y con *un mismo espíritu*, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría» (*Hch* 2, 46).

De esta manera, se pone de manifiesto que vivir con un mismo espíritu, tienen que ver con la comunión eucarística Por eso, Lucas sujeta vincula la comunión a la oración en común y a la Eucaristía, ya que la unidad de espíritu nunca resulta de una disposición puramente humana, sino que es una vida que proviene de la unión estrecha con Jesús. Así lo manifiesta san Pablo en la Carta a los Romano donde el Apóstol pide para los cristianos que *unánimes* glorifiquen a Dios. Esta unanimidad nace de tener «los unos para con los otros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús» (*Rm* 15, 5), por tanto, no según el propio espíritu. Esto nos lleva a una consideración más profunda de la comunión: los hermanos no los elegimos nosotros, sino el Señor. Por tanto, aunque resulte atrevido decirlo, no estamos llamados a quedarnos en una amistad ficticia con los demás, sino a ser *siervos* de los que Jesús ha puesto en nuestro camino. De la misma manera que el Señor se ha

hecho siervo, la unidad con nuestros hermanos es en Jesucristo, quien da forma a nuestras relaciones y a la fraternidad. De esta manera, el trato con los hermanos nunca nos enviará lejos de Dios, sino que en el servicio a la alegría de los demás, hacemos nuestro camino en el amor a Dios. La comunión con los hermanos es la comunión con Jesús, que es quien nos ha dado hermanos.

La segunda parte de nuestra perícopa consiste en un discurso de Pedro en el que da toda la autoridad a la voluntad de Jesús, ya que Pedro anuncia que, salvaguardando la voluntad de Jesús, hay que rehacer el número de los que el Señor eligió. Para ello, se echa a suertes la elección entre dos candidatos. Después de pedir al Señor que muestre a cuál de los dos escoge, sale elegido «Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles».

No puede negarse que el número Doce, por el cual se designa al grupo constituido por los discípulos de Jesús, tiene profundas raíces en la historia de Israel y se refiere al pueblo de las doce tribus. De modo que la intención de Jesús parece ser el restablecimiento de la unidad definitiva del Israel restaurado. Desde los profetas mayores y menores hasta la narrativa tardía y la literatura sapiencial se atestigua la viva y continua esperanza de la reunión del pueblo de Dios disperso, la reagrupación de las doce tribus en la tierra prometida. Para muchos estudiosos, la institución de los Doce ha de ser entendida en este contexto de escatología de restauración. El grupo de los Doce es recompuesto para que puedan dirigirse al pueblo de Israel reunido en Jerusalén en el primer gran día de la fiesta después de Pascua, es decir, Pentecostés, como pone de manifiesto el capítulo 2 del *libro de los Hechos*. En esa circunstancia, Pedro y los otros once dan testimonio a las doce tribus del pueblo de Dios.

Sin duda, el texto resalta que Jesús quiso elegir a doce, y que la Iglesia custodia su voluntad y vive de lo que Él le da. Matías, del que ya no vuelve a saberse

nada, participó, sin duda en la decisión tomada por los Doce en *Hch* 6, 2, y en la imposición de manos de *Hch* 6, 6, es decir, toma parte en la misma autoridad jerárquica que tienen los que fueron elegidos directamente por Jesús. De esta manera se resalta que la voluntad de la Iglesia está en perfecta consonancia con la de Jesús. La misión, por tanto, tiene un fuerte carácter eclesial y la recibimos en el seno de la Iglesia. Ninguno de nosotros podemos ser «misioneros sin barco», como diría Madeleine Delbrêl, ya que la *corriente* del mundo nos ahogaría. Fuera de la comunión eclesial nuestro canto es disonante para nosotros y para la Iglesia. Esto nos obliga a acomodarnos al paso de los otros, a vivir de lo que recibimos de la Iglesia. Por tanto, recibir la misión dentro de la Iglesia nos hace libres de intereses personales y de buscarnos a nosotros mismos en los pequeños éxitos. Es la Iglesia, la que, como madre, nos sustenta en los duros trabajos del evangelio y la que hace que no nos cansemos.

Cabe destacar un detalle de importancia para nosotros. Como hemos visto, los Apóstoles sustituyen a Judas por Matías, sin embargo, cuando Santiago, hijo de Zebedeo, es ajusticiado por Herodes Agripa en *Hch* 12, 2, no es reemplazado para recomponer el número de 12. ¿Por qué motivo se sustituye a Judas y no a Santiago? Porque Judas no murió siendo fiel, en cambio, Santiago alcanzó el martirio en la fidelidad a la misión recibida. De esa manera Santiago cierra el testimonio de Jesús con su propia sangre, mientras que Judas desertó. Tenemos mucha necesidad de pedir la gracia de la fidelidad hasta el último día de nuestra vida. La fidelidad a Jesús y a la Iglesia, que son los cimientos de nuestra alegría. Debemos ir allí donde la gracia disponga para nosotros, y no construir nosotros nuestra propia vida porque se acaba viniendo abajo. Somos servidores del Dios fiel y fuerte que tiene poder para asegurar nuestro encargo hasta el final. Somos, pues, humildes testigos de un amor más grande que nuestra fidelidad.

Fíjate cómo Pedro lo hace todo con el parecer común; no obrando con instigación ni autoritativamente. Y no dijo sin más: «En lugar de Judas elegimos a este otro», sino que, consolando a los demás por lo que había sucedido, fíjate cómo dispone el discurso. En efecto, el suceso los había colocado en una dificultad no pequeña. Y no te extrañes. Pues si todavía ahora muchos dan vueltas en torno a ello, ¿qué habría que pensar de lo que les dirían a ellos? *Hermanos*, dice el texto. Si el Señor los llamó hermanos, con mayor razón Pedro los puede llamar hermanos; por eso llama así a todos los presentes. Ten en cuenta la dignidad de la Iglesia y su estado angélico. Allí nadie estaba separado, ni hombres ni mujeres. Yo quiero que también ahora sean así las iglesias. Nadie se inquietaba por lo mundano, nadie se molestaba por los cuidados de la casa. ¡Este bien traen consigo las pruebas! ¡Este honor traen las tribulaciones! (San Juan Crisóstomo, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*/1, 109-110).

Así pues, porque convenía actuar de esa manera, presenta al profeta como testigo; y porque era necesario respecto a los candidatos, Pedro explica, diciendo: *De los varones que nos han acompañado todo el tiempo*. Ciertamente, si hubiera dicho: «Es necesario que se presenten los que sean dignos», habría insultado a los demás; en cambio, ahora actúa con prudencia, y no dice sencillamente: *Que nos han acompañado*, sino que añadió: *Todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado de entre nosotros, uno de ellos sea constituído con nosotros, testigo de su resurrección.* ¿Para qué dice eso? Para que el número de los

apóstoles no quedara mutilado. Pero, ¿acaso Pedro no podía elegir por sí mismo? ¡Sin duda! Mas para que no pensaran que se agraciara a sí mismo, no lo hace. Por otra parte, aún permanecía privado del Espíritu. *Y presentaron a dos* –dice el texto-: *a José, llamado el Barsabás, por sobrenombre Justo, y Matías*. No los presentó Pedro, sino todos. Pedro fue quien dio el consejo, mostrando que no era algo suyo, sino conforme a la antigua profecía, de manera que él fue intérprete, no maestro (San Juan Crisóstomo, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*/1, 112-113).

¿Cómo expresaríamos entonces lo que ocurre en Pentecostés? Ante todo se nos ofrece esta expresión: se funda la Iglesia. Pero esto no captaría bien lo que cuentan los *Hechos de los Apóstoles*, sino que ahí ha ocurrido algo previamente. Jesús eligió a los Doce, y les confió lo suyo; llamó a Pedro fundamento de piedra en que Él iba a edificar su Iglesia; dispuso para el porvenir la Eucaristía como centro y misterio cordial; para no hablar de que todo el tiempo vivió con ellos, les habló y entretejió con ellos su sagrada figura, en espíritu y sentido. Pero todo eso no fue todavía realización histórica, sino sólo preparación, base y germen. Luego, en Pentecostés, nacerá la Iglesia. Esta no es una institución inventada y construida, sino un ser vivo; nacido de un acontecimiento que es a la vez humano y divino, el de Pentecostés. Vive a través del tiempo; llegando a ser, como llega a ser todo lo humano; transformándose, como se transforma todo lo histórico, en tiempo y destino; y sin embargo, sigue siendo siempre la misma esencia, y su contenido es Cristo. A partir de aquí, amigos míos, se decide el modo cómo hemos de entenderla. Mientras veamos a la Iglesia sólo como una or-

ganización que sirve a fines determinados; como una autoridad que se opone a la libertad individual; como un acuerdo entre aquellos que tienen el mismo modo de ver y sentir en las cosas religiosas, no tenemos todavía la relación justa con ella. Sino que ella vive, y nuestra relación con ella debe ser también vida (ROMANO GUARDINI, *Verdad y Orden,* II, 122-123).

Danos prudencia y sabiduría en nuestro pobre quehacer para que no caigamos en la tentación de crear más desunión en la Iglesia por culpa de un celo desordenado por la misma misión. Danos claridad de visión y valor de modo que nos preocupemos más por la unidad de la Iglesia según tu voluntad para el futuro que por las diferencias procedentes del pasado (…). Cuando nuestro corazón nos acuse de estar demasiado poco poseídos por el omnipotente espíritu de tu unidad, no permitas que nos desanimemos. Que entonces seamos todavía capaces de confiar en que esta debilidad nuestra llena de pecado está como envuelta en tu perdón y en aquella unidad de los cristianos que Tú ya nos has concedido (K. RAHNER, *Oraciones de vida*, 205-206).

2.4 *Preguntas para el diálogo en grupo*

La unidad de espíritu de la que nos habla el libro de los Hechos es una escuela para nosotros. **¿Considero importante la comunión? ¿Entiendo que la unidad con los hermanos tiene mucho que ver con la relación con el Señor?**

La unidad de la que habla San Lucas no es fruto de la simpatía personal o de un esfuerzo, sino que el mismo evangelista la vincula a la Eucaristía y la oración. **¿Pido la gracia de vivir en comunión con los que el Señor me ha puesto?**

La elección de Matías viene precedida de la oración. En nuestras decisiones diarias, **¿consultamos al Señor lo que hemos de hacer en orden a su voluntad, o, quizá sin darnos cuenta, vivimos improvisando?**

3 El Espíritu de la misión

3.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 2,1-12)*

[1]Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos
reunidos con un mismo objetivo. [2]Y de repente so-
brevino del cielo un ruido, como de un viento que
irrumpe impetuosamente, que llenó toda la casa
en la que se hallaban. [3]Entonces se les aparecieron
distintas lenguas como de fuego, que se repartie-
ron y se posaron sobre cada uno de ellos. [4]Queda-
ron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron
a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les
hacía expresarse. [5]Habitaban en Jerusalén judíos,
hombres piadosos venidos de todas las naciones
que hay bajo el cielo. [6]Al producirse aquel ruido se
reunió la multitud y quedó perpleja, porque cada
uno les oía hablar en su propia lengua. [7]Estaban
asombrados y se admiraban diciendo: «¿Es que no
son galileos todos éstos que están hablando?
[8]¿Cómo es, pues, que nosotros les oímos cada uno
en nuestra propia lengua materna? [9]Partos, medos,
elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y
Capadocia, del Ponto y Asia, [10]de Frigia y Panfilia,
de Egipto y la parte de Libia próxima a Cirene, fo-
rasteros romanos, [11]así como judíos y prosélitos,
cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras
propias lenguas las maravillas de Dios». [12]Estaban
todos asombrados y perplejos, diciéndose unos a
otros: «¿Qué puede ser esto?» (*Hch* 2,1-12).

3.2 *La* lectio divina *del pasaje*

El «evangelio de la infancia» de la Iglesia naciente, narrado en los primeros capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles, encuentra su cumbre en el relato de Pentecostés, con el descenso del Espíritu Santo sobre la primitiva Iglesia. Lo que el Bautismo de Jesús, con la recepción del Espíritu Santo al terminar su evangelio de la infancia, es para Jesús, lo fue Pentecostés para la primitiva Iglesia. Del mismo modo que Jesús comienza su vida pública después de su Bautismo, los cristianos iniciamos nuestro ministerio público con la recepción del Espíritu Santo. El mismo Espíritu que alentó la vida de Jesús sigue alentando la nuestra para que también nosotros hagamos la voluntad de Dios, como Jesús hizo la voluntad del Padre. De hecho, la presencia del Espíritu dinamiza de tal modo la Iglesia que aquellos que estaban escondidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, salen inmediatamente y se convierten en misioneros valientes que predican incluso en el templo de Jerusalén. En pocos años, los primeros cristianos, llenos del Espíritu, evangelizan y vitalizan los pueblos de la tierra conocida en aquel entonces. El impulso de la Iglesia empieza con la recepción del Espíritu Santo, él es el motor de la Iglesia de todos los tiempos, también de la nuestra.

Vayamos al texto para descubrir cómo se produjo y qué conllevó ese acontecimiento determinante para la historia de la Iglesia y para nuestra propia vida. En primer lugar, llama la atención la disposición de los discípulos antes de recibir el don del Espíritu: *estaban todos reunidos con un mismo objetivo*. Estaban todos juntos, pero no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Podríamos decir que esa comunión en un mismo objetivo implica que estaban *con-cordes*, es decir, con un solo corazón, con una sola intención. ¡Cuánto une caminar juntos hacia una misma meta! Parece que el Espíritu gusta de esta disposición basada en la comunión afectiva y efectiva. De hecho, la expre-

sión que ha sido traducida por *un mismo objetivo* es más amplia en el original griego. También podría ser traducida por estar reunidos «en ello», en la Iglesia, en la comunidad, en la oración, o incluso estar reunidos «en él», en el Señor, en la Eucaristía. Nada une tanto como la Eucaristía, fuente de la verdadera comunión; nada une tanto como el Señor, la oración y la verdadera amistad en la Iglesia. Esta comunión expectante demanda el don de Dios como una concha vacía y abierta que quiere acoger el agua. Se trata de la epíclesis, es decir, de la invocación orante, presente en toda comunidad unida que celebra cualquier sacramento.

Precisamente cuando los discípulos se encontraban juntos *de repente vino del cielo* un don. Sólo cuando los apóstoles están estables en la concordia de los corazones y perseveran en una oración expectante, el Espíritu puede invadirles plenamente. Cuando toda la actividad de los discípulos consistía en el estar unidos, son premiados con el don de Dios. Ahora bien, los regalos divinos son siempre imprevistos. Por eso el texto dice que *de repente sobrevino* del cielo un viento. Dios siempre sorprende, es algo que sobreviene inesperadamente. La libertad de Dios es como la del viento y así ha de ser la libertad del cristiano movido por el Espíritu: «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu». Este Espíritu Santo, libre por antonomasia, habita en la Iglesia y es el que la hace siempre libre. Si somos esclavos de algo, eso que nos esclaviza no es de Dios. La verdad de Dios siempre nos libera.

Esta acción imprevista de Dios sólo es posible describirla por medio de la analogía y la comparación. Por eso San Lucas utiliza el comparativo «como». El don sorprendente de Dios es *como una ráfaga impetuosa de viento y como unas lenguas de fuego.* El autor no encuentra palabras apropiadas y por ello emplea estas dos imágenes: el viento y las lenguas de fuego. La objeti-

vidad del acontecimiento está garantizada por el hecho de que los discípulos percibieron, es decir, oyeron y vieron; pero el acontecimiento es de una trascendencia tal que sólo mediante imágenes puede ser atisbado. En la revelación del Antiguo Testamento tanto el viento como el fuego son símbolos de la divinidad. El viento, desde la suave brisa, hasta el viento impetuoso, habla de la presencia de Dios, que es capaz de movernos y dirigirnos. El fuego, símbolo de la gloria divina, tiene la capacidad de iluminar y purificar, siendo una energía capaz de transformar. El fuego también realiza el sacrificio, la oblación.

Ambas imágenes describen la acción divina, que actúa sobre cada uno, individualmente: *las distintas lenguas de fuego se posaron sobre cada uno de ellos*. El Espíritu, actúa personalmente en cada bautizado. Es importante caer en la cuenta de que se trata de lenguas distintas, luego cada lengua de fuego entra de modo personal en cada uno de los presentes, de modo que cada uno puede sentirse plenamente él mismo y al mismo tiempo invadido del Espíritu Santo. Gracias, Señor, porque nunca anulas nuestra individualidad, sino que la respetas y llevas a plenitud. Gracias porque nunca nos tratas como si fuéramos uno más de la masa, sino que tu trato es siempre personal.

Es más, si le dejamos, el Espíritu se posa, se establece, toma posesión definitiva de cada uno de nosotros. Este permanecer en el cristiano indica la presencia continuada e irrevocable de Dios. Ciertamente podemos permitir que el Espíritu actúe más o menos en nosotros, hay una graduación en nuestra docilidad al Espíritu, pero nunca nos podrán robar el don del Espíritu recibido en el bautismo. Somos templo del Espíritu y lo somos para siempre porque los dones de Dios son irrevocables.

El texto no dice sólo que el Espíritu actúa individualmente en cada bautizado, sino también afirma

que el Espíritu *llenó toda la casa en la que se encontraban.* El Espíritu quiere llenar por completo el lugar en el que habita. Es el único que tiene la capacidad de colmar nuestro ser. Si dejamos que el Espíritu habite plenamente en nosotros, no habrá vacío en nuestro interior porque él lo llenará todo, estaremos siempre llenos de su presencia. Además, el Espíritu quiere que nada de nosotros quede sin su presencia transformadora. El Espíritu quiere permearlo todo, penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser para así poder bendecirlo todo. Es decir, el Espíritu se proyecta hacia la plenitud y totalidad. En este sentido el Espíritu revela la catolicidad del misterio cristiano porque está destinado a afectar todas las dimensiones del ser y a dar la plenitud a todo.

¿Cuál era aquella casa donde se encontraban, que se llenó del Espíritu Santo? La Tradición ha situado la escena siempre en el Cenáculo. Aquella casa en la que se encontraba la Iglesia naciente, donde tuvo lugar la Institución de la Eucaristía y del sacerdocio, el lavatorio de los pies, la encomienda del perdón de los pecados y la venida del Espíritu Santo, era imagen de toda la Iglesia. Toda la Iglesia está llena del Espíritu, que la colma con su inagotable plenitud. Análogamente, aquella casa puede ser interpretada como una imagen del mundo entero. También la creación está llena del Espíritu que tantas veces nos habla a través de la creación. El mundo entero es templo del Espíritu, que invade toda la creación. ¿Acaso no es una criatura el pan Eucarístico, que nos muestra la presencia divina en la creación y el destino del mundo creado?

Esta presencia del Espíritu Santo, que llena por completo a la creación, a la Iglesia y a los bautizados, hizo que los discípulos se pusieran a *hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse.* Sí, el Espíritu pone las palabras necesarias en nuestros labios. El bautizado, guiado por el Espíritu, es capaz de hacer llegar la Palabra de Dios eficazmente. ¡Cuántas veces

queremos acertar con nuestras palabras! Sólo el Espíritu Santo nos enseña a expresarnos de tal modo que nuestra palabra se convierta en Palabra de Dios.

Ahora bien, el texto dice que *cada discípulo hablaba en una lengua distinta* y que todos los presentes, partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia, romanos, cretenses y árabes, cada uno les oía proclamar en su lengua las maravillas de Dios. No es que los discípulos hablen una única lengua que todos entienden, sino que el mensaje divino es expresado en todas las lenguas. La acción del Espíritu Santo no hace a la audiencia entender el lenguaje de los discípulos, sino que éstos hablan los idiomas nativos de todos los miembros de la audiencia. Pentecostés no es una vuelta al periodo anterior a Babel con un única lengua hablada y entendida por todos, sino que los primeros cristianos hablan distintas lenguas para alcanzar a todos los pueblos. La Palabra de Dios llega a cada uno en su propia lengua, en su propio estilo. Los discípulos, guiados por el Espíritu, pronuncian el mensaje divino de modo que cada uno lo pueda entender. El Espíritu Santo les lleva a abrazar todas las culturas expresadas por las diferentes lenguas para que, una vez abrazadas dichas culturas, puedan ser evangelizadas.

Además, la audiencia está constituida por judíos que se encuentran en Jerusalén, pero la descripción lucana es *hombres piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo*. Lucas indica la amplia variedad de procedencias de los oyentes, incluso enumerando los lugares de los cuales vienen esas personas. Esa lista de naciones es una actualización de la tradición de la «tabla de naciones» conocida en aquel tiempo. Lucas, enumerando estas naciones, parece deseoso de mostrar una representación universal de judíos provenientes de todo el mundo, evocando una universalidad que incluye a los gentiles. El acontecimiento de Cristo es para todos, mostrando, una vez más, su catolicidad. No hay

persona humana por la que Cristo no haya muerto. De hecho, el mismo Jesús había dicho: «cuando sea alzado de la tierra, atraeré a todos hacia mi». Todos los pueblos bajo el cielo esperan ansiosos, a veces sin saberlo, la buena noticia de Cristo. De este modo, el texto de los Hechos muestra el campo de trabajo en el que los discípulos de Cristo debemos afanarnos. El cristianismo, por su propia naturaleza, tiende a la universalidad y elimina toda forma de separación, división o contraposición. El Señor nos llama para llegar a todos.

Finalmente, ¿qué es lo que dicen los apóstoles? ¿Cuál es el contenido de su predicación? Este auditorio universal oye a los discípulos, llenos del Espíritu Santo, proclamar *las maravillas de Dios*. El discípulo dócil al Espíritu no habla de sí, sino de Dios. A veces lo hace implícitamente, otras veces explícitamente, mostrando las obras grandes que Dios hace en su vida. ¡Cuánto hablamos de nosotros y qué poco hablamos de Dios o de las obras que él hace en nosotros! Señor, concédenos la gracia de proclamar una y otra vez tus maravillas a todos aquellos que nos escuchan y que, a buen seguro, quedaran asombrados y perplejos de tus maravillas.

3.3 *Así lo leyeron*

> Un asunto de gran importancia nos obliga a no callar por más tiempo qué es eso que el Espíritu Santo se manifestó en el río Jordán como paloma, y a éstos se da como lenguas de fuego. Dos son los sentidos de esta figura: la simplicidad, que es condición natural de la paloma, y que tenga al mismo tiempo fe encendida para no arrastrar la tibieza sin el fuego de la Escritura Santa. Allí en las aguas del río se representa la unión de corazones; aquí manda que prediquen la doctrina con encendimiento. En el alma urge el amor, en la palabra arde el fuego (ARATOR, *Historia apostólica*, 1).

En efecto, el Espíritu Santo se apareció en el fuego y en las lenguas, porque hizo ardientes y locuaces a todos los que inundó; ardientes de Él y locuaces sobre Él. Al mismo tiempo, para indicar que la santa Iglesia, extendida por todos los confines del mundo, debía hablar en el mismo idioma de todas las naciones (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 2, 3ª).

Por eso, cuando envía al Espíritu Santo, le hace visible en dos formas: por la paloma y por el fuego. Por la paloma, cuando desciende sobre el Señor después de su bautismo; por el fuego, cuando desciende sobre los apóstoles reunidos... La paloma indica que los santificados por el Espíritu tienen que ser sencillos, y el fuego enseña que la sencillez no debe ser fría. No os impresione la división de lenguas; las lenguas son distintas; por eso apareció en forma de lenguas; lenguas distintas como de fuego se posaron sobre cada uno de ellos. Son lenguas distintas entre sí, pero esta división no es cisma. No temas la desunión en la división de lenguas. Reconoce en la paloma la unidad (SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre el Ev. de Juan*, 6, 3).

¡Qué rápida es la palabra de la Sabiduría y, cuando el maestro es Dios, qué pronto se aprende lo que se enseña! No se necesita traducción para comprender, ni ejercicios para adquirir el uso, ni tiempo para estudiar, sino que, soplando el Espíritu de verdad donde quería, las palabras que eran particulares a cada pueblo vinieron a ser comunes en la boca de la Iglesia. Desde ese día sonó la trompeta de la predicación evangélica; desde ese día la lluvia de los carismas, los ríos de bendiciones, regaron todo el desierto y toda la tierra árida; pues, para renovar la faz de

la tierra «el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas», y, para disipar las antiguas tinieblas, brillaban los fulgores de una nueva luz, cuando por el esplendor de las lenguas centelleantes nacía la luminosa palabra del Señor, y la palabra inflamada que, para crear la inteligencia y consumir el pecado, tiene el poder de iluminar y la fuerza de quemar (SAN LAÓN MAGNO, *Sermones*, 75, 2).

Los que se ríen, aunque sea de manera misteriosa, sin embargo son testigos de cosas verdaderas, porque los discípulos no se emborracharon con vino viejo en las nupcias de la Iglesia, sino que están llenos del mosto de la gracia espiritual. Ciertamente el vino nuevo ya se encontraba en los odres nuevos, puesto que los apóstoles hacían resonar las grandezas de Dios «con un espíritu nuevo y no según la antigua letra» (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 2, 13).

3.4 *Preguntas para el diálogo en grupo*

¿Crees que el Espíritu Santo es el que verdaderamente guía la Iglesia y el que quiere guiar cada una de tus decisiones?

Los apóstoles estaban juntos con un mismo objetivo, **¿qué puedes hacer para favorecer la comunión en tu parroquia? ¿De qué modo imploráis juntos la venida del Espíritu Santo?**

El Espíritu Santo quiere posarse sobre cada uno de nosotros y bendecir la totalidad de nuestra existencia. **¿En qué recovecos de nuestra alma puede encontrar resistencia**

a su acción? ¿Le dejo que resida, cada vez más, en mi y en mi casa hasta llenarla por completo?

¿Tratas de llegar a cada persona del modo que le sea más fácil aceptar el Evangelio? ¿Hay persona o grupos a los que te cuesta más o incluso te niegas a llevar el Evangelio?

4 La valentía en la dificultad: «No podemos dejar de hablar»

4.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 4,1-4.13-23)*

[1]Estaban hablando al pueblo, cuando se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos, [2]molestos porque enseñaban el pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos. [3]Les echaron mano y les pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues había caído ya la tarde. [4]Sin embargo, muchos de los que oyeron la Palabra creyeron; y el número de hombres llegó a unos cinco mil (…). [13]Viendo la valentía de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados. Reconocían, por una parte, que habían estado con Jesús; [14]y al mismo tiempo veían de pie, junto a ellos, al hombre que había sido curado; de modo que no podían replicar. [15]Les llamaron salir fuera del Sanedrín y deliberaban entre ellos. [16]Decían: «¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente para todos los habitantes de Jerusalén, que ellos han realizado una señal manifiesta, y no podemos negarlo. [17]Pero a fin de que esto no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen ya más a nadie de ese nombre». [18]Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en nombre de Jesús. [19]Mas Pedro y Juan les contestaron: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. [20]No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído». [21]Ellos, después de haberles

amenazado de nuevo, les soltaron, no hallando manera de castigarles, a causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por lo que había ocurrido, [22]pues el hombre en quien se había realizado esta señal de curación tenía más de cuarenta años. [23]Una vez libres, vinieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y ancianos (*Hch* 4,1-4.13-23).

4.2 *La* lectio divina *del pasaje*

No es casualidad que Jesús prometa a los que le siguen «el ciento por uno: ahora en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones» (*Mc* 10, 30). El libro de los Hechos da buena cuenta de esta promesa del Señor a los suyos, ya que en esta obra lucana se nos narra cómo los Apóstoles pasan por todo tipo de sufrimientos por causa del Evangelio. Las persecuciones, las torturas, incluso la muerte se convierten en el medio para la evangelización. Es decir, no se trata de casualidades, sino que la cruz viene estrechamente unida a la tarea evangelizadora. Pero, como los mismos textos señalan, el sufrimiento de los discípulos es profundamente fecundo.

El relato del que nos ocupamos ahora, *Hch* 4, 1-31, suele dividirse en dos partes: la comparecencia de Pedro y Juan ante el Sanedrín y la reunión y posterior oración de los Apóstoles en circunstancias adversas. Así lo estructuramos para nuestra reflexión, apoyándonos en otros relatos que nos ayudarán a ver cómo el éxito de la misión viene de la mano de la dificultad en el apostolado.

Esta primera parte narrando cómo Pedro y Juan son encarcelados por «los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos» (*Hch* 4, 1), muestra que la fidelidad trae cruz, y la cruz fecundidad. El motivo es que anunciaban la resurrección en «la persona de Jesús» (*Hch* 4, 2). Sin embargo, el juicio no versa direc-

tamente sobre el motivo de la detención, sino que se centra en el milagro que poco antes ha narrado Lucas. En efecto, en *Hch* 3, 1-10 se cuenta la curación de un tullido por parte de estos dos apóstoles en la puerta Hermosa del Templo. Con las palabras «en el nombre de Jesucristo, el Nazoreo, ponte a andar» (*Hch* 3, 6), aquel, que estaba incapacitado desde el nacimiento (cf. *Hch* 3, 2), comenzó a andar. Ante el temor por el gran número de conversiones que suscitaba la predicación y las obras de los Apóstoles, «unos cinco mil» (*Hch* 4, 4), traen al curado al juicio para que Pedro y Juan expliquen «con qué poder» (*Hch* 4, 7) han hecho la curación.

Poco más adelante, Lucas escribe que «por la mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios» (*Hch* 5, 12), añadiendo que «los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres» (*Hch* 5, 14). Esto provoca que los Apóstoles sean de nuevo llevados ante el Sanedrín (*Hch* 5, 27), donde se les recuerda la prohibición de enseñar el nombre de Jesús. El jucio termina con la flagelación de los Doce y la amenaza de no seguir predicando (*Hch* 5, 40).

En *Hch* 7, 6 Lucas dice que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe». Ya no se trata sólo del pueblo que se alegra de recibir el evangelio, sino que incluso los que al principio se oponían, los sacerdotes, acogen la fe que predican los discípulos, de modo que el éxito de la misión va siendo cada vez más grande. Pero unida a este referencia, el autor sagrado narra el martirio de Esteban, quien también realizaba «entre el pueblo grandes prodigios y señales» (*Hch* 6, 8). Del relato del martirio de Esteban llama la atención que el modo de persecución se oculta en la mentira, en la falsa acusación, mientras que en los relatos anteriores se preguntaba directamente a los Doce sobre su actividad.

La cruz va tomando aspectos distintos. Así como antes era por una oposición directa a la fe cristiana, ahora aparece ante la persona del Apóstol en la envidia, los deseos torcidos del corazón del hombre, en una voluntad ambigua, en la sobrebia. Es impresionante cómo termina el relato de la muerte de Esteban: «Saulo aprobaba su muerte» (*Hch* 8, 1).

La situación de ser juzgados y perseguidos por Jesús ya fue anunciada por el Maestro cuando, dirigiéndose a los Doce, les anuncia que serán llevados «a las sinagogas y cárceles» (*Lc* 21, 12). Sin embargo, Jesús une esta advertencia a la providencia, que no permitirá que perezca «ni un cabello de vuestra cabeza» (*Lc* 21, 18) y llama a la perseverancia (cf. *Lc* 21, 19) como un signo de la fortaleza apostólica. ¿Por qué los Apóstoles continúan con su trabajo misionero a pesar de que cada vez las amenazas son más claras? ¿No eran quizás conscientes de que se estaban encaminando hacia un fracaso seguro? ¿De dónde nace la fortaleza para seguir adelante por unos caminos cada vez más dificultosos? La fortaleza apostólica nunca nace del empeño personal, sino del amor a Jesús. Él es el tesoro por el que merece la pena venderlo todo. La fortaleza proviene de experimentar que si me falta el Señor, me falta todo. Se trata del amor de los mártires, quienes han amado a Jesús más que a sus propias vidas. El vigor apostólico en medio de la persecución proviene, por tanto, de la presencia del Maestro en la vida del discípulo, y del corazón enamorado del discípulo que quiere ser como su Maestro. Si Jesús venció en la cruz, ¿cómo va a darle la espalda el Apóstol al instrumento que se la ha dado para vencer?

Después que los jefes, ancianos y escribas prohíban a Pedro y Juan hablar o enseñar el nombre de Jesús (cf. *Hch* 4, 18) y que ellos respondan con valentía que no pueden dejar de hablar de lo que han visto y oído (cf. *Hch* 4, 20), son puestos en libertad bajo amenaza (cf. *Hch* 4, 21). Juan y Pedro se reúnen con los demás para

contarles todo lo ocurrido (cf. *Hch* 4, 23) y todos a una elevan una oración a Dios. Conviene destacar que la primera reacción de los Doce es la oración en común y no planear una estrategia por la que librarse del atosigamiento de los judíos. Esto pone de manifiesto que la persecución es el ámbito en el que sus vidas y su misión han de desarrollarse. Sin duda se trata de algo aprendido en la convivencia con Jesús, quien nunca se escondió de la dificultad.

Esta identidad en las penas de la persecución y en el modo de afrontarla entre Jesús y los Apóstoles se acentúa fuertemente en la mención que hace *Hch* 4, 27 de «Herodes y Poncio Pilato». Es decir, los mismos que persiguieron al Maestro son ahora los que atormentan a los discípulos. Esta mentalidad de compartir la misma vida que Jesús invade el interior de los Doce, por eso en la oración no piden ser librados del sufrimiento, sino que Jesús tenga en cuenta la amenaza bajo la que desarrollan su misión, y piden «poder predicar tu Palabra con toda valentía» (*Hch* 4, 29).

La valentía a la que se hace referencia y que deja asombrados a los que interrogan a Pedro y Juan (cf. *Hch* 4, 13), no tiene nada que ver son la insolencia sino que por la promesa que hace Jesús de asistirles en el momento de la prueba (*Lc* 21, 15) hace relación con la confianza. Se trata de hablar abiertamente de Jesucristo, como vemos en el testimonio de Pedro, y no sólo mediante alusiones. Esta valentía, sin embargo, es algo que proviene de pedirlo intensamente a Dios, como vemos en la segunda parte de nuestro texto.

La oración que Lucas nos ha dejado en este texto es una invocación a la madurez cristiana. No se trata de que se den las circunstancias propicias para la evangelización, sino de pedir la gracia de la fidelidad al Señor. Los discípulos, de esta manera, sitúan la vocación en un grado de importancia absoluta. Ellos han sido enviados a predicar el Evangelio, el nombre de Jesús, y

la forma de vida que llevan, sin miedos, está determinada por la vocación que les ha sido dada. Desde los inicios de la misión cristiana las dificultades han acompañado a los discípulos de Jesús.

No es casualidad, por tanto, que Jesús educara a los suyos a vivir en circunstancias adversas. En la parábola del sembrador y su posterior explicación (*Mt* 13, 1-9.18-23), por ejemplo, hablándoles sólo a los Doce, el Maestro describe una semilla sembrada en pedregal que no consigue echar raíces, aunque al principio recibió la Palabra con alegría (cf. *Mt* 13, 20-21). Este terreno empedrado, que sin duda hace referencia a una comprensión equivocada del seguimiento, es inconstante, «y cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida» (*Mt* 13, 21).

Los Apóstoles, por tanto, no piden vivir de una manera distinta a la que vivió Jesús y Él les enseñó, sino la valentía para, en medio de las dificultades, ser fieles a su vocación y no sucumbir. Esta es la oración que el Señor atiende, ya que, según narra Lucas, «acabada su oración (…), todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía» (*Hch* 4, 31). A Dios se le pide que dé ánimos a los que lo proclaman. Ellos no le piden egoístamente beneficios para ellos mismos, sino la gracia de llevar, con franqueza y unidad, lo que Dios les ha pedido llevar a cabo.

4.3 *Así lo leyeron*

> ¿Qué significa: Porque nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído? «Si es falso lo que afirmamos –vienen a decir-, demostradlo; pero si es verdad, ¿por qué lo prohibís?». ¡Tal es su conducta! Los judíos se encuentran en dificultad; los apóstoles en alegría; aquéllos en una gran vergüenza, éstos en libertad total; aquéllos están temerosos, éstos tienen confianza. ¿Quiénes eran –dime- los que temían?

¿Los que decían: para que no se divulgue más entre el pueblo o los que decían: nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído? Además éstos últimos poseían mayor gozo, libertad y alegría; mientras que aquéllos otros andaban con tristeza, vergüenza y miedo, pues temían al pueblo. Los apóstoles decían lo que querían; los judíos ni siquiera hacían lo que pretendían. Así, ¿quiénes eran los que estaban atados y en peligro? ¡No eran precisamente los apóstoles! (San Juan Crisóstomo, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*/1, Homilía X, 4, 2).

En la medida en que un cristiano profesa su fe e intenta vivirla, resulta insólito tanto para los creyentes como para los no creyentes. Y esto es así porque el Evangelio, hasta el final de los tiempos, no dejará de ser Buena Noticia tanto para los judíos como para los gentiles. Lo insólito del cristiano es, pura y simplemente, su semejanza con Cristo, el parecido con Jesucristo insertado en el hombre por el bautismo y que, tras atravesar su corazón, llega a flor de piel.

Este parecido consiste en los rasgos mismos de Cristo (…). Lo «insólito» no le confiere al cristiano la características de un hombre notable y señalado, sino el rechazo y la denuncia en su propia vida de todo lo que pueda alterar su parecido con Jesucristo. No se trata de la brillante realización de un hombre cristiano, sino del mismo Cristo de siempre que muestra su rostro a través de un hombre.

Un hombre que no sólo cree en Dios, sino que debe amarle como un hijo ama a su padre amoroso y todopoderoso, a la manera de Cristo.

No sólo depende de Dios, sino que es soberanamente libre por voluntad de Dios.

No sólo es hermano de los que lo aman, sino también de sus enemigos; no sólo soporta los golpes, sino que no se aleja del que le golpea.

No sólo sufre y muere a manos de algunos, sino que sufre y muere por ellos; y no sólo una vez, sino en cada ocasión.

No sólo comparte lo que es y lo que tiene, sino que da lo único que Dios le ha dado personalmente: su propia vida.

No sólo acepta no parecer un héroe, sino no serlo. No sólo acepta no ser admirado, sino ser ignorado; no sólo admite no tener la estima ajena, sino tampoco la propia (MADELEINE DELBRÊL, *La alegría de creer*, 129-131).

Precisamente para resistir a estas múltiples instigaciones es necesaria la virtud de la fortaleza, que es una de las cuatro virtudes cardinales sobre las que se apoya todo el edificio de la vida moral: la fortaleza es la virtud de quien no se aviene a componendas en el cumplimiento del propio deber.

Esta virtud encuentra poco espacio en una sociedad en la que está difundida la práctica tanto del ceder y del acomodarse como la del atropello y la dureza en las relaciones económicas, sociales y políticas. La timidez y la agresividad son dos formas de falta de fortaleza que, a menudo, se encuentran en el comportamiento humano, con la consiguiente repetición del entristecedor espectáculo de quien e débil y vil con los poderosos, petulante y prepotente con los indefensos (…).

El don de la fortaleza es un impulso sobrenatural, que da vigor al alma no sólo en momentos dramáticos como el martirio, sino también en las

habituales condiciones de dificultad: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios, en el soportar ofensas y ataques injustos, en la perseverancia valiente, incluso entre incomprensiones y hostilidades, en el camino de la verdad y la honradez (JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo. Catequesis sobre el Credo, III*, 427-428).

La contemplación está unida a la misión, pues en la medida en que se ha realizado lo que es Dios y se ha experimentado hasta qué punto el hecho de conocer y de amar a Dios es constitutivo de un humanismo total y de una existencia completa, en esa medida se sufre y queda uno sorprendido de que Dios no sea conocido y no sea amado. En la base de la acitud misionera hay una especie de escándalo ante tal inversión de valores que consiste en que Dios tenga tan escaso lugar en las preocupaciones de los hombres, mientras que haya tantas preocupaciones por lo demás. Existe la toma conciencia de una cierta ausencia de Dios en el mundo. En la medida en que se tiene conciencia de esta relación con Dios para sí mismo y de la importancia de la revelación de Dios que nos es dada en Jesucristo, se sufre entonces viendo que los hombres la ignoran totalmente, o la desconocen en su forma plena.

En la medida en que se da uno cuenta de cuánto debe ser amado Dios, se desea también que Dios sea amado por los otros, y se sufre de que sea desconocido o mal conocido. Así, con un celo misionero devorador, san Pablo estaba sediento por hacer conocer al verdadero Dios a los hombres, porque sabía, como dice San Ireneo, que «la vida del hombre es la visión de Dios» (J. DANIÉLOU, *Contemplación. Crecimiento de la Iglesia*, 109-110).

4.4 *Preguntas para el diálogo en grupo*

Como hemos visto en el texto del libro de los Hechos, la dificultad acompaña la misión a la que han sido enviados. Pero ellos, en vez de acobardarse, piden la gracia de ser valientes. En nuestra vida cristiana, **¿esto es así también o a la mínima dificultad reducimos nuestra vida cristiana a su mínima expresión de cara a los demás?**

El sufrimiento, la incomprensión o el rechazo por nuestra condición de cristianos nos va a acompañar durante toda nuestra vida. Sin embargo, la dificultad tiene la virtud de poner en verdad lo que vivimos, ya que ella o nos lleva a la confianza o a vivir quejándonos de todo. **¿Cuál es nuestro caso?**

Los Apóstoles, una vez que han sido liberados, se reúnen con los demás para contarles todo lo que les ha sucedido. **¿Valoramos la amistad cristiana como un lugar donde poder compartir lo vivido y rehacernos en el seguimiento del Señor, o acudimos a los otros para agigantar nuestro malestar?**

5 La primera comunidad cristiana

5.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 4,32-37)*

32La multitud de los creyentes no tenía sino un
solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba
suyos a sus bienes, sino que todo era en común
entre ellos. 33Los apóstoles daban testimonio con
gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y
gozaban todos de gran simpatía. 34No había entre
ellos ningún necesitado, porque todos los que
poseían campos o casas los vendían, traían el im-
porte de la venta, 35y lo ponían a los pies de los
apóstoles, y se repartía a cada uno según su ne-
cesidad. 36José, llamado por los apóstoles Ber-
nabé (que significa: «hijo de la exhortación»),
levita y originario de Chipre, 37tenía un campo;
lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de
los apóstoles (*Hch* 4,32-37).

5.2 *La* lectio divina *del pasaje*

No cabe ninguna duda que los versículos finales del capítulo cuarto de los Hechos de los Apóstoles son el paradigma de la vida cristiana grabado en la mente de todos los fieles creyentes que alguna vez han escuchado este texto. Pero también podemos afirmar que el anhelo de armonía humana despertado por este texto ha traspasado las fronteras de la Iglesia y se ha convertido en el modelo utópico de una sociedad mejor, una sociedad solidaria, sin egoísmos.

Esta observación sobre el interés despertado por la Vida de la comunidad descrita en *Hch* 4 nos debe im-

pulsar a conocer el pasaje en su contexto propio, el Evangelio de Jesucristo. El fundamento de esta *nueva humanidad* debe ser puesto al descubierto para que la esperanza de la realización de un mundo mejor no se busque por caminos erróneos, que siempre acaban en desengaño y en el peor de los casos, en horror, tal y como ha puesto de manifiesto la historia del siglo XX en sus totalitarismos esclavizantes, en los que el bien global del hombre dejó de ser la meta, en los que el hombre pasó a ser esclavo de una utopía (ideología).

La desilusión -que necesariamente surge del buscar la realización del "ideal" de humanidad nueva sin su fundamento (Dios)- y las atrocidades -que han brotado de los regímenes totalitarios que han buscado sociedades maduras sin Dios- son la mejor motivación para no obviar el contexto del que forma parte este pasaje, para no desligar el anuncio del nacimiento de una *nueva humanidad* del anuncio del Evangelio que fundamenta la esperanza de la nueva humanidad, cuyo centro es la humanidad renovada ya en Cristo. Cristo es la clave de la *nueva humanidad*. Cristo es la tierra donde el anhelo que despierta el pasaje leído puede echar raíces y dar buenos frutos. Cristo es el camino de realización histórica de la *nueva humanidad*.

En el cristianismo, los anhelos de una sociedad mejor dejan de ser simplemente utopías, pues estos anhelos han llegado a ser realidades concretas y sólidas. Estas realidades son las vidas de los santos, porque ha habido personas que "han vendido" todo y han amado como Cristo mismo amó. La *nueva humanidad* se hace palpable en la caridad vivida por los santos y convertida en instituciones estables: comunidades que se vuelcan en la caridad en hospitales, en casas de acogida,… En la vida de los santos enraizada en Cristo, la *nueva humanidad* va abandonando el ámbito de lo utópico para manifestarse en el ámbito de lo histórico y real. La *nueva humanidad* se barrunta con fuerza en los cristianos que viven su fe. En ellos, el hombre puede

ver con sus propios ojos el poder transformador de Dios, que lo hace todo nuevo. En los santos es donde el hombre comprende el mensaje de Hechos 4, porque en los santos se realiza la fuerza en la debilidad y se comprende que la obra de la *nueva humanidad* no es una obra de hombres, sino una obra de Dios con los hombres. Para Dios todo es posible.

El anuncio central de la salvación reposa en la fe en el Dios Omnipotente. La humanidad renovada que brota de la carne resucitada de Cristo (cf. Iglesia, sacramentos,…) es la manifestación de la omnipotencia de Dios. La vida de la gracia hace patente que la promesa de la *nueva humanidad* no es pura utopía.

Por todo lo dicho, el anhelo de la *nueva humanidad* no tiene por qué acabar en desilusión o totalitarismos que roban toda esperanza. El anhelo de la *nueva humanidad* puede y debe seguir siendo el motor de la historia del hombre, que nunca debe resignarse al sinsentido. Pero este anhelo solo puede seguir vivo enraizado en la buena noticia del Evangelio que inspiró los versículos que meditamos, esto es, en la certeza de una historia "llena de Dios", de un Dios hecho historia, en la fe en Jesucristo, el Hijo único de Dios, que se hizo hombre para hacernos partícipes de una Vida en la carne que sí merece la pena ser vivida.

Estas palabras introductorias nos animan a considerar más detalladamente el contexto donde encontramos el anuncio del nacimiento de una *nueva humanidad.*

En el mundo de la exégesis se denomina «sumario» a los pasajes del NT donde se generaliza una realidad de la vida nueva traída por Cristo. En los evangelios encontramos «sumarios» donde se dice que Jesús curaba a **todos** los enfermos y oprimidos por el mal. Pero sabemos, por otra parte, que Jesús no curó a todos los leprosos o ciegos de su tierra. «*Lo característico del sumario* (que encontramos en *Hch* 4)¸ explica el estudioso

del NT R. E. Brown, *es su función generalizadora en virtud de la cual acontecimientos o situaciones singulares del relato adyacente se presentan como normales, típicas y permanentes*». El pasaje de *Hch 4* es un «sumario» donde se descubre el poder de Dios operando en la historia (cf. Espíritu Santo), como sucedió en la misma vida de Jesús. Es un poder capaz de renovar lo antiguo, de operar cosas nuevas en medio de un mundo desgastado.

El libro de *Hechos de los apóstoles*, donde aparece este sumario, podría calificarse como la crónica del *nuevo camino* que conduce hacia la nueva humanidad, camino abierto por Jesucristo, único redentor del mundo. Los apóstoles son presentados como peregrinos que recorren este camino, que es histórico y espiritual, cuyos comienzos están en Galilea, pero cuyos recorridos –geográficamente, históricamente y espiritualmente- son infinitos. Como dijo Benedicto XVI, hay tantos caminos para llegar a Dios como hombres, porque Cristo que se ha hecho camino, se ha hecho hermano, maestro, modelo «particular» para cada hombre. Los caminos de la *nueva humanidad* no abandonan en ningún momento la pluralidad y diversidad de los caminos que brotaron de la mente creadora de Dios. Todos fuimos pensados en Cristo, por Cristo y para Cristo (cf. *Ef* 1,3-5); todos queridos por nosotros mismos. La historia de la Iglesia es la manifestación de esta voluntad ininterrumpida de Dios de conducir a todos hacia sí, esclavos y libres, judíos y paganos, hombres y mujeres de toda raza lengua y nación (cf. *Gal* 3,28). La *nueva humanidad* no tiene horizontes exclusivistas ni pretensión de «uniformidad».

Así la *nueva humanidad* que se presenta en el sumario de *Hch 4* está pensada como la máxima manifestación de la voluntad primera de Dios y la ratificación de su Ser omnipotente capaz de recomponer una humanidad decadente con la fuerza de su Espíritu. La humanidad será la obra de Dios con el hombre, el hombre hecho por Dios.

El pasaje de *Hch 4* que proponemos para la meditación no es un pasaje de ideales humanos, sino un camino de fe. Es un itinerario para todo hombre que busca su verdad y su sentido más allá de las cortas fronteras de los que se encierran en sí mismos o en grupos, ideales o utopías. La comunidad primera de *Hechos 4* es la comunidad de los creyentes que ponen a Dios por encima de todo y saben fiarse de la providencia del Dios de nuestro Señor Jesucristo.

En los primeros versículos del capítulo cuarto sobre el que estamos meditando se dice explícitamente que la Iglesia se sabe fundada en la fe en el poder de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos y que ha prometido la resurrección a todo el que le siga (cf. *Hch* 4,1). La resurrección será el sello del camino del que ha creído en el poder de Dios manifestado en Cristo y derramado sobre toda carne por el Espíritu. La primera comunidad se sabía tras los pasos de Cristo y creía en la vida sin fin que este camino prometía. Era el camino de la entrega sin límites, el camino del amor que renuncia a todo beneficio propio a costa de otros, es decir, a todo egoísmo. Era el camino de la confianza en el Dios providente que otorga al hombre vida nueva.

El anuncio sobre el que se fundó la comunidad, esto es, el evangelio del Hijo de Dios, muerto y resucitado, supuso que la comunidad no tuviese como objetivo el estado del bien estar, es decir, un «paraíso» terreno, una vida sin dificultades. Cuántas crisis en la vida de los cristianos vienen de no estar fundados en el anuncio primero de la Iglesia y en la confianza plena en el camino de estrechez y persecuciones trazado por el Señor.

El gran equivoco actual y el gran lastre del cristianismo en Europa y, concretamente en España, puede provenir de la descontextualización de la vida cristiana y, por tanto, de la incomprensión de textos como el que estamos meditando.

Nadie arriesga lo propio para socorrer la *necesidad actual del prójimo* por miedo a los posibles apuros que puede conllevar perder las seguridades actuales y quedar sin seguridades para el *futuro* (¿qué futuro? ¿la resurrección?).

El cristiano de hoy tiene en el corazón el fatídico anhelo del estado de bien estar. Para el cristiano actual es el bien propio y no la fe lo que fundamenta su camino. Para el cristiano verdadero, por el contrario, su anhelo es la vida de Dios y asume sin trabas el camino que conduce a ella. La vida del cristiano verdadero se funda en el Dios todopoderoso que obró maravillas en la historia, que Encarnado fue perseguido, recorrió el camino estrecho de la caridad que confía en la providencia, pasó por la muerte y selló en la resurrección el poder de la vida del amor. El cristiano verdadero es el que pone todo lo que tiene y es al servicio de la *nueva humanidad.*

A la luz de estas reflexiones se debería leer también el pasaje paralelo que es tan conocido como el anterior y que ha escandalizado por su dureza: *Hch* 5,1-12. Este pasaje debería ser leído desde la fe. La fe es la confianza en lo que no se ve y se espera (cf. *Heb* 11,1). Los personajes que aparecen en estos versículos son el contra ejemplo del camino de la fe. El que desconfía, el que en su corazón no acoge la vida de Dios sin miedos, al final acaba siendo esclavo de sus miedos y su camino acaba en el abismo. Este mundo devora a los que, por miedo, le sirven.

La comunidad cristiana verdadera es la que está fundamentada en un corazón indiviso, donde no hay dos señores, Dios y el mundo. El corazón del cristiano es un corazón de y para Cristo, un corazón donde brota la *nueva humanidad.*

5.3 *Así lo leyeron*

No te desviarás del necesitado, sino que compartirás todas las cosas con tus hermanos, y no dirás que son tuyas. Si somos coparticipes en lo inmortal, ¿cuánto más debemos iniciarlo ya desde aquí? Pues el Señor quiere dar a todos de sus dones (*Didaje*, IV,8).

Los que amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos, lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos (JUSTINO, *I Apología*, XIV, 2-3)

Se aman unos a otros; y el que tiene, da sin pena al que no tiene. Y si entre ellos hay alguno que esté pobre o necesitado, y ellos no tienen abundancia de medios, ayunan dos o tres días para satisfacer la falta de sustento preciso para los necesitados. Viven recta y modestamente, como se lo mandó el Señor Dios» (ARÍSTIDES, *I Apología*, XV, 8)

Sabéis todos o casi todos que en esta casa…. vivimos de tal manera que, en la medida de nuestras fuerzas, imitamos a aquellos santos de los que dice el libro de los Hechos de los apóstoles: "Nadie consideraba propiedad suya lo que le pertenecía, sino que todo lo tenían entre ellos en común"... Comencé entonces a reunir hermanos con el mismo buen propósito, pobres y sin nada

como yo, que me imitasen. Como yo había venido mi escaso patrimonio y dado a los pobres su valor, así deberían hacerlo quienes quisieran estar conmigo, viviendo todos de lo común. Dios sería para nosotros nuestro grande, rico y común patrimonio (SAN AGUSTÍN, *Sermón* 355, 2)

Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros [...] Es, pues, necesario creer [...] que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la cabeza [...] Así, el bien de Cristo es comunicado [...] a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, 13). «Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común» (*Catecismo Romano*, 1, 10, 24, cogido del *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 947).

5.4 *Preguntas para el diálogo en grupos*

Siendo *Hch 4* un «sumario» y, por tanto, una aclaración de la esencia de la vida renovada por la gracia:

¿Qué debo todavía poner a disposición de los apóstoles (Iglesia)?

¿Cuales son las utopías (anhelos) de mi vida que me desilusionan y esclavizan (comunidades perfectas, comodidades superficiales,...)?

¿Podría ver en mi propia vida la acción de Dios y, por tanto, el germen de la nueva humanidad (cf. pequeños sacrificios, renuncias a comodidades, mesura en los juicios, altruismos...)?

¿Me reconozco como fuente de escándalo para el mundo (cf. egoísmos, avaricia,...)?

¿Cómo nos afectan los escándalos dentro de la Iglesia? ¿Caemos en las garras del mundo que rechaza a la Iglesia y con ello niega el poder de Dios para transformar al hombre y el mundo?

Oración

Señor Jesucristo,
Hijo de Dios vivo y Hermano de los hombres,
te alabamos y te bendecimos.
Tú eres el Principio y la Plenitud de nuestra fe.
El Padre te ha enviado para que creamos en ti
y, creyendo, tengamos Vida eterna.

Te suplicamos, Señor, que aumentes nuestra fe:
conviértenos a Ti,
que eres la Verdad eterna e inmutable,
el Amor infinito e inagotable.
Danos gracia, fuerza y sabiduría
para confesar con los labios
y creer en el corazón que tú eres
el Señor Resucitado de entre los muertos.
Que tu Caridad nos urja
para encender en los hombres el fuego de la fe
y servir a los más necesitados
en esta MISIÓN-MADRID que realizamos en tu nombre
a impulsos del Espíritu.
Te pedimos con sencillez y humildad de corazón:
haznos tus *servidores y testigos de la Verdad*:
que nuestras palabras y obras
anuncien tu salvación y den testimonio de ti
para que el mundo crea.

Te lo pedimos por medio de Santa María de la Almudena,
a quien nos diste por Madre al pie de la cruz
y nos guía como Estrella de la Evangelización
para sembrar en nuestros hermanos la obediencia de la fe

Amén.

ARZOBISPADO DE MADRID